

Nora Carbonell

Escritora nacida en Barranquilla en 1953. Ejerce como docente de Lengua Castellana. Egresada de la Universidad del Atlántico, con posgrado en Pedagogía de La Lengua Escrita de la Universidad de Santo Tomás y estudios de Formación de Profesores en Madrid, España. Autora de los siguientes libros de poemas: *Voz de Ausencia*, Ediciones Puesto de Combate, 1983. *Horas del Asedio*, Ediciones Editorial Mejoras, 1990. *13 Poemas y Medio*, CPV Ediciones, 1998. *Del color de la errancia*, Ediciones Exilio, 2006. También ha publicado los libros de Literatura Infantil: *Armando Líos en el Arco Iris*, Ediciones Comfamiliar, 1991. *Lluvia María y el Ladrón de Sonidos*, Álamo Ediciones, 1998. *La Z en el país de los números enteros*, Ediciones Comfamiliar, 1998. Entre otros, ha obtenido los siguientes premios: Primer Premio en el Primer Concurso de Cuentos Infantiles, Comfamiliar del Atlántico, 1990. Mención de honor en Poesía en el Tercer Concurso Literario Xicoatl en Salzburgo, Austria, 1996. Primer Premio en el Primer Concurso de Cuento Caribe, El Túnel de Montería, 2004.

Informe de un amanecer

La lluvia, vidrio agudo,
da paso a otro amanecer.
Peregrina en la ciudad
vivo el deslumbrador instante
y anhelo revelaciones en el aire húmedo.
En vano hallé coincidencia y hospedaje.
Mi primordial soledad
renace a un nuevo día y sabe que
otro día cualquiera, morirá conmigo,
lugar común y transitorio.
Aventura breve de mi alma.
Sensación agreste de un cielo rojo
como la plaza en sangre de los gladiadores.

La ventana

La ventana es el ojo de la
luna
que acecha los ruidos de la
casa.

Por ella, la luna mira a
una muchacha
bajo el reflejo de su luz
en el cristal.

Hay un poblado silencio
en el verdor de la
noche.

Creación de la tarde

Una joven crea
el esplendor de la tarde.
Dice "sol" y el astro obediente
agota su belleza,
escribe "pájaros" y las aves
dibujan sus líneas de fuga,
 nombra "niña" y sorprende
al corazón de vuelta.
Una joven crea la tarde,
con la primigenia
sabiduría de su palabra.

Propuesta

Considera que el amor es el brillo fantasmal
que se refleja
en la inconstancia de las olas,
una arista de felicidad
en la estrella menguante de los caminos,
un asalto aleve
contra la plateada energía de la noche.
Voltea la página de tu obstinada nostalgia
y ve tras la fuga de tus sueños aún adolescentes,
avanza solo hacia un puerto seguro.
Mi corazón es un viajero sin anclas.

En Granada, la luna

En Granada, la luna
enciende temprano
los naranjales
de la Alhambra.
Invisible, Federico
deambula
por las callejuelas de la morería,
y en las cuevas del Sacromonte
los gitanos taconeán
sobre el tablao de la noche.
Nosotros, invadidos por
la embriaguez de los viajeros,
también vagamos
insomnes y delirantes
por las orillas del Darro,
ilesos caminamos
entre el fuego de las luciérnagas.

Paisaje de Toscana

Como una pintura de Monet,
la campiña, violentada
amorosamente
por los lirios amarillos,
apaciguaba mi ambición
de caminos.

Una casa de palomas
era la estación de los trenes
con su rueda de molino
junto al pozo del jornalero.

El anciano
que barría las hojas
al filo de la carrilera
tenía la bella sonrisa
de un dios agradecido,
aún veo esa sonrisa
y oigo la canción que silbaba el viento.

Hablando de estaciones

En la estación pendular de las indecisiones
recuerdo al sabio de una película asiática:
"Entre dos caminos, escoge siempre el más intrincado",
pero yo elijo el más fácil ;
como el árbol, sereno y misterioso,
que deja a los pájaros anidar en sus ramas
y luego marcharse por las rutas del cielo.
Como el reloj que avanza
sin llegar a ninguna parte
mientras el tiempo, metódicamente,
despliega su abanico de ases.
Confieso que me gusta lo difícil:
los amores inútiles,
los viajes sin brújula,
la estación de los asombros,
las distancias infranqueables;
esa mirada tuya, asaltada por la incertidumbre.
Pero elijo lo más fácil,
esta calma sembrada de preguntas,
esta oscura contemplación,
este derrumbe repleto
de construcciones pequeñas y cotidianas.
Quizá porque la estación de los cobardes
es la más difícil de sobrevivir.

Del exilio

Esta vez no hablo
de equipajes y añoranzas,
ni del adiós incierto
que nos lleva a un
horizonte
de ensueño o desvarío.
Hablo del olvido,
zona neutra
que nos separa de un vientre
y nos lanza al desarraigo.
El exilio.

Abandonar el puerto
después que juramos
permanencia,
y marchar
tras una voz lejana
que nos habla del Amor,
ese otro nombre
de la Soledad.